



Discurso de investidura de nuevos doctores

José Antonio Guzmán
4 de noviembre de 2022

Con inmensa alegría se reúne el Claustro de doctores para la investidura de sus nuevos colegas. Se puede decir que los nuevos doctores son el fruto más maduro de una universidad.

Durante estos años sus maestros han esculpido en ustedes un oficio que los habilita para mover las fronteras del conocimiento. Digo “han” esculpido, pero en realidad ha sido un trabajo conjunto, en el que ustedes —paso a paso— han ido adquiriendo —tomando propiedad— de este oficio, hasta hacerlo suyo, tal como ha quedado en evidencia en la defensa de sus tesis doctorales. Pero no olviden a sus maestros, que han hecho mucho por ustedes. Nos dará un gran gozo, que a su vez se dediquen más adelante a formar nuevos doctores, perpetuando así esta antiquísima y universal comunidad.

Hace pocos días, tuve, junto a otros miembros del Consejo de Rectoría, la oportunidad de participar en una reunión internacional de universidades, que como ésta, fueron promovidas por fieles del Opus Dei en todo el mundo. Junto a la emoción de ver cómo surgen y maduran proyectos universitarios a lo largo y ancho de toda la geografía —dirigidos e impulsados por personas de todas las razas y colores—, fue una oportunidad para reflexionar calmadamente sobre la identidad de nuestra Universidad de los Andes. Desde Roma —decía uno de los presentes— todas las cosas se ven con otra perspectiva y profundidad.

En una de las ponencias de esa reunión, alguien recordaba unas palabras de Josemaría Escrivá, quien afirmaba que “el Opus Dei, como corporación, promueve, con el concurso de una gran cantidad de personas que no están asociadas a la Obra —y que muchas veces no son cristianas—, labores corporativas, con las que procura contribuir a resolver tantos problemas como tiene planteados el mundo actual”. No es papel del Opus Dei dirigir estas iniciativas, sino más bien contribuir a vivificarlas con el espíritu cristiano.

El desafío de la Universidad es grande: ni más ni menos que resolver los problemas que tiene planteados el mundo actual. Parece que nos queda grande la tarea, pero estamos convencidos de que podemos aportar lo nuestro y contribuir a una mejora relevante. Al apuntar a resolver estos graves problemas, la palanca será siempre la búsqueda de la verdad... y de ahí la importancia central de la formación de nuevos doctores.

Todos sabemos que para que nuestro aporte a la sociedad deje una huella profunda, no basta el solo desarrollo de la propia disciplina, sino que tenemos que ser capaces de



levantar la mirada, de ver la conjunción, el cruce de esta disciplina con las demás áreas del conocimiento. No hablo sólo de investigación o formación transdisciplinarias, sino de aportar una mirada que se podría llamar sapiencial, en la que tienen su lugar la teología, la metafísica y la cosmología. Tenemos que preguntarnos, en suma, cuál es el sitio de nuestra área de saber en el universo y cómo dialoga este saber con el resto de las ciencias. La verdad a la que aspiramos excluye la idea de compartimentos estancos disciplinares. La ciencia, si es verdadera, necesariamente tiene que tender puentes. La universidad no es una academia profesional sino un lugar que genera pensamiento, pensamiento sapiencial, integrador.

Hasta ahora he hablado de verdad, pero junto a ella es también importante decir algo del espíritu de servicio y del afán de trascendencia que debe tener nuestro esfuerzo.

En una ocasión anterior, había dicho que “verdad, servicio y trascendencia son tres palabras que responden al *qué*, al *cómo* y al *porqué* de nuestra institución. Nuestro fin es poner al servicio de los hombres una verdad que los libere de sus ataduras y les permita trascender” (Discurso, 15-4-2021).

Alberto Magno, maestro de Tomás de Aquino, decía que “*in dulcedine societatis quaerere veritatem*”, lo cual podría parafrasearse en este contexto universitario diciendo que “hemos de buscar la verdad en la dulzura de la vida universitaria”. Esta vida universitaria es dulce cuando prima el afán de servicio, aunque, como siempre, haya momentos de amargura o frustración.

Es motivo de inmensa alegría formar bien a un estudiante, así como publicar un libro o un artículo que deje huella. Por esto, las ceremonias de despedida de profesores que han gastado sus vidas en la universidad suelen ser fiestas muy alegres, en las que brilla el cariño de los que fueron sus alumnos, junto a la admiración y camaradería de quienes fueron sus colegas. Queridos nuevos doctores, quienes se dediquen con empeño al trabajo universitario, experimentarán una felicidad dulce a lo largo de toda la vida, tal como decía san Alberto Magno.

Finalmente, para hablar de trascendencia, no encuentro mejores palabras que las pronunciadas por Juan Pablo II en 1982, cuando afirmó que “la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe ... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida”. Debe existir una relación de ida y vuelta entre fe y cultura. Ha sido muchas veces puesto de relieve cómo la cultura necesita de la fe, pero aquí Juan Pablo II nos quiere decir que una fe que se queda encerrada en la sacristía (como se suele decir) no ha sido plenamente acogida, ni fielmente vivida.

Desde el comienzo, los fundadores de esta institución establecieron que la Universidad de los Andes tenía como “fin específico elaborar una síntesis orgánica y universal de la cultura



humana, que integre la dispersión de las especialidades en la unidad radical de la verdad, iluminada y vivificada por la fe católica” (Estatutos, artículo segundo). Esa síntesis sapiencial tiene que resonar con fuerza para que se haga cultura en nuestra sociedad.

Los hombres y mujeres de nuestro tiempo necesitan esta apertura a la trascendencia en sus vidas, necesitan una cultura que responda a las interrogantes que tienen en lo hondo de sus corazones. Los católicos, si queremos vivir fielmente nuestra fe, tenemos la obligación de empeñarnos en que esa fe se haga cultura.

Como es obvio, siempre tendremos el máximo respeto por la libertad de las personas, respeto que, por lo demás, es exigencia primordial de la fe católica. Reitero que personas de todas las religiones siempre han sido recibidas en esta casa con los brazos abiertos, y les aseguro que siempre será así.

Queridos miembros del Claustro doctoral, queridos nuevos doctores, profesores y estudiantes de la Universidad de los Andes: siempre serán bienvenidos todos quienes quieran trabajar seriamente en la búsqueda de la verdad, que estén dispuestos a poner al servicio de los hombres esa verdad, para ayudarles a liberarse de sus ataduras y alcanzar así una vida con plenitud de sentido.

Con esta convicción termino felicitando con inmenso cariño a cada uno de los nuevos doctores de la Universidad de los Andes. Muchas gracias.